

Obras y fe

Hay una pregunta filosófica que dice así: “¿Qué fue antes. El huevo o la gallina?”

Hace referencia a que tanto el huevo como la gallina son dos elementos intrínsecamente unidos y que cualquiera de ellas procede de la otra. Parece que las dos podrían haber sido la primera y es imposible tener una sin tener a la otra.

El mensaje que nos trae hoy el Señor gira entorno a la fe y las obras. ¿Por donde se empieza? Y a ver a que se refiere por “obras” cuando se habla de ellas.

Empecemos por el apóstol Pablo. En una de sus cartas, la que dirige a los romanos pero que podría haber dirigido a Templo de Dios de Madrid, explica como por el hecho de tener fe Abram, un hombre que vivía tranquilo en un pueblo de oriente próximo llamado Harán, fue recompensado. Un hombre que recibe un mensaje. Una promesa. La biblia no especifica mucho mas. No nos dice si ya había hecho algo para merecer esa promesa o porque a él. Simplemente, él recibe la promesa y decide ponerse en marcha.

Genesis 12:1-5

Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré.

²Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición.

³Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.

⁴Y se fue Abram, como Jehová le dijo; y Lot fue con él. Y era Abram de edad de setenta y cinco años cuando salió de Harán.

⁵Tomó, pues, Abram a Sarai su mujer, y a Lot hijo de su hermano, y todos sus bienes que habían ganado y las personas que habían adquirido en Harán, y salieron para ir a tierra de Canaán; y a tierra de Canaán llegaron.

Todos sabemos, o deberíamos saber, la historia de Abram. Sin ninguna obra especial o reseñable, sin ninguna demostración extraordinaria o maravillosa, solo con su corazón dispuesto, decidió creer y marchar. Y eso le fue contado por justicia. Nos lo explica Pablo en la epístola que mencionaba.

Romanos 4:13-25

¹³Porque no por la ley fue dada a Abraham o a su descendencia la promesa de que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe.

¹⁴Porque si los que son de la ley son los herederos, vana resulta la fe, y anulada la promesa.

¹⁵Pues la ley produce ira; pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión.

¹⁶Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros

¹⁷(como está escrito: Te he puesto por padre de muchas gentes delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen.

¹⁸El creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia.

¹⁹Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara.

²⁰Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios,

²¹plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido;

²²por lo cual también su fe le fue contada por justicia.

²³Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada,

²⁴sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro,

²⁵el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.

La promesa le fue dada y él se la creyó. Simple. El y Sara creyeron la palabra del Señor y así vivieron. Y no hablamos de ayudar a mejorar el trabajo, o curarle el dolor de cabeza o conseguir un rebaño más grande y sano. Hablamos de promesas gigantes.

- Les dio tierras de una extensión tan grande como un país
- Les dio 1 hijo cuando Sara era estéril y no podía. Y menos con la edad que tenían.
- Les dio una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo.

Una descendencia que ellos no llegaron a ver. Como estrellas. Es difícil de creer pero ellos lo hicieron. Y les fue contado por justicia dado que al final ha sido así. Esa es una gran lección. Las promesas del Señor se cumplen. Por increíble que parezcan. Abram nunca olvidó que estaba hablando con el Dios vivo. E único y todopoderoso. Creador del cielo y de la tierra. El que levanta a los muertos. Y eso le fue contado por justicia.

Después de semejante testimonio, podríamos concluir que lo importante es la fe. Que mueve montañas, como ya nos dijo Jesús, y que con eso basta. Pero no hay que olvidar una cosa. ¿Qué pasa con las obras. Con las acciones que cada uno de nosotros hacemos? ¿Esas no son importantes? El apóstol Santiago tiene algo que decir al respecto.

Santiago 2:14-26

¹⁴Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?

¹⁵Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día,

¹⁶y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?

¹⁷Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.

¹⁸Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras.

¹⁹Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan.

²⁰¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?

²¹¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?

²²¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?

²³Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios.

²⁴Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe.

²⁵Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino?

²⁶Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.

Santiago nos indica que si tienes fe, tienes que tener obras. Que el fruto de esa fe son obras. Abram, en mitad del desierto. Después de haber viajado y de haber recorrido un largo camino desde Harán, se encontró con la petición del Señor de su propio hijo. De darlo en sacrificio. Su hijo único. A pesar de su edad y de que Sara era estéril. Después de haber recibido ese regalo, el Señor le pide que se lo dé en sacrificio. Y él se lo da. Eso es su gran obra. Abram había demostrado su fe desde el momento en que se puso en camino, eso ya fue una obra fruto de su fe. Pero dar su hijo en sacrificio sin quejarse. Eso es una acción fruto de su fe en el Señor, que no lo defraudó y supo valorar esa obra confirmando el resto de promesas.

Esas son las obras que el Señor nos pide. Obras de fe. El Señor quiere que le creamos. Que creamos en Él y que le sigamos y movamos con confianza ciega en Él. Nuestro Señor Jesús nos lo dijo muchas veces.

Lucas 8:43-48

⁴³Pero una mujer que padecía de flujo de sangre desde hacía doce años, y que había gastado en médicos todo cuanto tenía, y por ninguno había podido ser curada,

⁴⁴se le acercó por detrás y tocó el borde de su manto; y al instante se detuvo el flujo de su sangre.

⁴⁵Entonces Jesús dijo: ¿Quién es el que me ha tocado? Y negando todos, dijo Pedro y los que con él estaban: Maestro, la multitud te aprieta y oprime, y dices: ¿Quién es el que me ha tocado?

⁴⁶Pero Jesús dijo: Alguien me ha tocado; porque yo he conocido que ha salido poder de mí.

⁴⁷Entonces, cuando la mujer vio que no había quedado oculta, vino temblando, y postrándose a sus pies, le declaró delante de todo el pueblo por qué causa le había tocado, y cómo al instante había sido sanada.

⁴⁸Y él le dijo: Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz.

La mujer creyó que Jesús era un enviado de Dios. Un enviado con poder de lo alto. Y no lo dudó. Se tiró a la multitud sin pensárselo dos veces y buscó con fuerza acercarse a Él para tocarle con la convicción de que con solo tocarle sería bendecida. Y así fue. El Señor se lo concedió. “Tu fe te ha salvado”. Sin tener una promesa previa hizo la obra, el ejercicio o la acción de buscar a Jesús y fue recompensada. Su fe puesta en práctica la salvó.

Otro ejemplo lo tenemos en Marcos.

Marcos 16:15-18

¹⁵Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.

¹⁶El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.

¹⁷Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas;

¹⁸tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.

Aquí el Señor lo deja bien claro. “El que creyere en el evangelio y fuere bautizado, será salvo”. Hay que creer y hay que actuar en consecuencia. Hay que tener fe para imponer las manos a los enfermos. Para orar. Para reprender a los demonios y hacer que obedezcan. Hay que creer que en el nombre de Jesús hay poder.

Lo realmente importante no es que es ocurre primero. Si la fe es lo que mueve a las obras, o si las obras hacen que tengamos fe. Lo importante es creer en el evangelio de Jesús. En esa buena nueva que nos trae de que Dios nos ama y que nos perdona si le amamos a Él y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Todo aquel que siga el evangelio será salvo. Si lo crees, eso te llevará a actuar en consecuencia y generará las acciones u obras que así lo muestran.

Podemos afirmar que la fe es lo primero. Y que la fe genuina, genera las obras que Dios nos pide. Porque de forma natural brotarán y nos darán la salvación.

Como dice la escritura en Mateo 6

Mateo 6:31-33

³¹No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?

³²Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.

³³Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.

“Buscad primeramente el reino de Dios y todas estas cosas os serán añadidas”. Si tenemos fe y nos ponemos en marcha, nuestras obras nos darán la salvación.

Ya lo dijo nuestro Señor Jesús en el sermón del monte cuando hablaba de los que son bienaventurados.

Mateo 5:1-16

Viendo la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos.

²Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo:

³Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

⁴Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.

⁵Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.

⁶Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

⁷Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

⁸Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.

⁹Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

¹⁰Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

¹¹Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo.

¹²Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

¹³Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.

¹⁴Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder.

¹⁵Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa.

¹⁶Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

“Bienaventurados los pobres de espíritu”. Los que no creen en las riquezas (no los que tienen poco espíritu ;-)) y no buscan las riquezas. Los que no se mueven por lo material. Esos son dueños del reino de los cielos.

“Bienaventurados los que lloran”. Los que son sensibles y capaces de tener empatía. Sienten dolor y se duelen. Hablamos de los que se involucran con el dolor personal y ajeno. Los que comparten las penas como si fueran propias. Esas son las acciones y el Señor las recompensará con consolación.

“Bienaventurados los mansos”. Las personas que no atacan. Que no se pelean. Tranquilos. Apacibles. Tardos para la ira. Ellos serán los que reciban la tierra. Todos aquellos que no buscan la pelea. Que no buscan a confrontación. Ellos son los que recibirán las posesiones.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”. Los que creen en la justicia y viven practicándola. Los que no les gusta que se hagan las cosas de manera injusta y claman que se hagan de forma correcta e igual para todos. Los que rechazan el mal. El cohecho. La corrupción. Esos serán saciados de justicia. Encontrarán la paz de ver que el que actuó mal, recibe su merecido y el que actuó bien también. Y se alegrarán en gran medida.

“Bienaventurados los misericordiosos”. Los que perdonan sin más. Los que, a pesar de lo grave de la ofensa, son capaces de no buscar venganza. De dejar que un daño sea olvidado sin tener un pago a cambio. Tal y como hace el Señor con nosotros que somos pecadores. Esos serán perdonados.

“Bienaventurados los limpios de corazón”. Aquellos que son claros y directos y tienen su corazón completamente enfocado en lo que creen y no. Y no tienen maldad. No tienen segundas intenciones ni buscan ningún tipo de engaño. Ellos que son claros y directos tendrán una relación clara y directa con Dios. Ni más ni menos.

“Bienaventurados los pacificadores”. Aquellos que no aman el conflicto y buscan pararlo. No son como los mansos que no entran en conflicto. Esto si lo encuentran, intentan pararlo. Ayudan a que no haya violencia. Esos serán llamados hijos de Dios porque Dios es amor y no quiere peleas. Y aquellos que buscan lo mismo, son los que merecen la honra de ser llamados sus hijos.

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de justicia”. Es decir, aquellos que han buscado lo justo y correcto y lo han practicado. Y son perseguidos por ello. Son vilipendiados, encerrados o maltratados por hacer el bien. Esos son dueños del reino de los cielos porque en el reino de los cielos reinará la justicia y ellos se habrán ganado vivir allí y asegurarse que solo la justicia reine.

“Bienaventurados los vituperados y perseguidos por seguir a Jesús”. Es decir, aquellos que públicamente anuncian y realizan las obras del evangelio de Jesús y actúan conforme a sus enseñanzas. Y por casusa de eso son perseguidos, insultados y maltratados. Esos son los que se consideran la sal de la tierra. La luz que ilumina el mundo. Y recibiremos un galardón grande en el cielo.

Jesús nos anima a que seamos bienaventurados. Esas es la actitud que debemos tener y las obras que deben aparecer en nuestra vida. ¿Significa que debemos ser perseguidos o vilipendiados o que tenemos que llorar? No. Significa que debemos seguir al Señor y tener esa actitud. Y que no nos preocupemos con las consecuencias de nuestros actos dado que quien los juzgará y los recompensará es nuestro Padre.

Nuestra fe en Dios nos llevará a actuar conforme a lo que nos dicta Jesús y eso nos hará ser bienaventurados. Las acciones de amor hacia Dios y hacia nuestros prójimos nos harán ser luz en este mundo. Si tenemos fe, veremos que tenemos obras en nuestra vida. Y esas obras nos acercan más a Dios. Como le pasó a Abram y como le pasó al centurión romano que le pidió a Jesús que sanara a su siervo (Mateo 8:5-13)

Recordar las bienaventuranzas y que nos sirvan de guía de la actitud correcta de un cristiano. La que genera las obras que el Señor espera. Recordar lo que dijo el profeta Oseas 6:6 (*Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos.*)

La fe y las obras van unidas. Hermanos y hermanas: tener fe y veréis como genera obras que darán frutos. Ya sea en vuestra vida en la forma de estar más cerca de Dios o en la forma de acercar a otros a Dios.

Tenemos que ser luz. Somos luz. La sal de la tierra que da sabor.

Que el Señor os bendiga.